

DYR y el Último Amanecer

Un viaje; un lugar; un amor.
-Novela romántico viajera-

1 -El último amanecer

—¡Te quiero! —le susurro mirando sus oscuros ojos a tan temprana mañana, viendo resplandecer los primeros rayos de sol en el río.

—Yo a ti también —DYR me abraza tan fuerte como si fuera alguien especial.

Son las 6:15 de la mañana del 23 de agosto de 2015, en un lugar para soñar... ¡Y es que estamos en la selva de un hermoso, y biodiverso, país llamado Ecuador!, y nos encontramos los dos solos en mi habitación -los demás en sus cuartos-. Estirados en mi cama. Abrazados y metidos dentro de mi mosquitera que evita la picada y molestia de cualquier bicho, aunque siempre se mete uno y fastidia un dulce y querido sueño...

Las vistas son espectaculares desde mi ventana y podemos ver a los monos araña y a los monos ardilla saltar de rama en rama, con un toque de fondo viendo el río fluir a la luz de la niebla a tan temprana mañana. DYR es como la selva, mágica, misteriosa, bella...

—DYR, ha llegado el momento. Estoy triste. Se va a cumplir lo que te dije el otro día: “El último amanecer...” y en nada te irás —le digo en voz baja mirando su hermosa cara, estirado en mi cama y con los brazos flexionados frente a ella—. Y tus lindos ojos hacen que me sienta como un “loco enamorado”. Negros como el oscuro silencio pero con un punto de brillo que parece el sol asomarse en un agradable amanecer. Eres bella por naturaleza —le digo acariciando su joven y suave mejilla mientras ella agarra mi mano con tanta delicadeza que hace que me ponga bien tierno y cariñoso. Adoro sentir su mano latina y sus dedos tan finos...

—¡Ay Iván! No digas bobadas. Soy normal como todo el mundo. Y no te pongas triste. Sólo es un... ¡Hasta luego! Ya verás como nos volveremos a ver. Recuerda que los astros nos guían y ellos saben qué pasará entre nosotros dos.

—Tienes razón, pero antes de irme al aseo... ¡Te quiero con toda mi alma! No quiero perderte de vista nunca en mi vida.

—No ocurrirá. Has entrado en mi corazón. Pero recuerda: tengo pareja y es complicado lo nuestro, sin embargo, tú eres alguien especial. Tienes un gran corazón y no te olvidaré nunca, a menos que tú me olvides.

—¡Sssss! No depende de mí DYR. Yo te quiero y haré lo que sea por volver a verte. Que sepas que no vine a la selva en busca del amor; vine en busca de la paz junto a la fauna salvaje y estando al lado de los monos que tanto amé hace cuatro años en mi primer voluntariado al otro lado del charco. Recuerda que soy de España y tú de Colombia. Dos mundos paralelos y algo distantes, pero al conocerte, mi rumbo dio un giro de 180°. Tu vida, exactamente en este mes de habernos conocido, me ha transformado... —le respondo en voz baja abriendo la puerta para ir al WC mientras ella se arropa en la almohada y se tapa con mis sábanas ya impregnadas de AMOR, o eso creo yo—. Duerme un poco más. Tienes casi diez minutos antes de que todo el mundo se levante y nos vean juntos en mi habitación —le comento cerrando la puerta de madera vieja.

Mientras tanto, me lavo la cara, me despejo y me miro en el espejo y pienso en ella y en todos los buenos y malos momentos que hemos vivido juntos durante 30 emocionantes días. No hubo un solo día sin verla, sin abrazarla, sin mirarla, sin besar sus dulces labios, aunque los primeros días no hubo besos, a pesar de eso, sin dejar de conversar con sus bellas palabras y su tierna voz colombiana. Ella es así.

DYR, con solo 24 años, tiene un cabello largo, negro y brillante, pero en la selva su pelo se le riza y en su ciudad de Bogotá se le alisa por los cambios de humedad. Es menudita, ni baja ni alta, y de cuerpo fino y atlético, aunque no hace mucho deporte. Su rostro, expresivo como el de una mujer de origen indígena y de ojos casi achinados, es visto a kilómetros de distancia: irradia una belleza sin igual con piel tan suave como la seda, pero lo más característico... son sus dos pómulos enrojecidos y medio abultados que la hacen una persona algo especial, como si fuera una niña para toda su vida, cosa que me encanta.

Entro de nuevo a mi habitación y la veo ahí tumbada, tan tierna y feliz, soñando en un país de maravillas. Y entonces, la vuelvo a despertar.

—DYR, despierta ya. Ha llegado la hora, pero antes de nada, toma esta carta. La escribí ayer por la tarde mientras estabas con las

compañeras viendo fotos de los días pasados –le aviso mientras cojo la carta que está encima de mi mesa de escritorio con forma de tronco de árbol de ceiba, añejada durante años en la jungla; mi mesa favorita–. Quiero que me escribas otra carta para mí, antes de que cojas la canoa que te llevará a la civilización y a tu mundo moderno. Es lo más que puedo pedir por ti.

–¡Oh Iván! ¡Qué romántico! Eres un encanto, nunca te voy a olvidar, en serio te lo digo –responde mirándome a los ojos con su emotiva expresión y cogiendo la carta bien fuerte.

Hace ya unos días que no se la ve tan feliz como el nuevo día de hoy que ha comenzado con energía y pasión. Posiblemente porque parte a su tierra natal a dedicarse por completo a ser veterinaria, su verdadera pasión, en lugar de estar aquí como voluntaria; o quizás, porque no esperaba mi carta tan emotiva y con tanto cariño entregándosela en nuestro último amanecer; en nuestro último día y en sus últimas horas. O tal vez, las dos cosas.

Vuelvo a acariciar su mejilla sintiendo un enigmático escalofrío, mientras la miro fijamente con mis ojos seductores, como tantas veces he hecho cuando la quería conquistar y, al instante, le digo con toda mi sinceridad:

–¡Te quiero! Creo que incluso... ¡Te amor DYR! Lo siento por decírtelo una y otra vez, pero te siento por dentro de mí. Has superado a muchas chicas que conocí en mi pasado. Eres alguien diferente. Especial. Te echaré mucho de menos y no será lo mismo sin ti en esta hermosa selva y en el centro de rescate con los monos y tigrillos. Ellos te van a añorar mucho y yo mucho más. Te quiero DYR –me confieso un tanto nervioso mientras me acerco a su linda cara, rozando con la punta de mis dedos directamente a sus labios suaves, frescos y...

... La beso. La beso con tanta pasión que DYR cede ante mí; es más, se derrite. Nos derretimos al unísono. Es que la siento por completo. No puedo remediarlo. Me da escalofríos. Su alma ha entrado en mi cuerpo y me habla. Cierro los ojos para disfrutar de sus caricias, de sus besos, de su olor a perfume y de su crema facial que dura incluso durmiendo. Es tan natural...

Y nos abrazamos con tanta energía que casi nos ahogamos; nos ahogamos de AMOR.

Me aprieta tan fuerte que es como si no quisiera que me escapara. Hago por igual sin que el tiempo sea un impedimento. Estaríamos así abrazados por el resto de nuestras vidas...

—Niña, lo siento. Me tengo que ir a la bodega. Toca preparar frutas con todos los compañeros y alimentar a “nuestros nenes”. No me olvides nunca. Yo intentaré que no sea así. De verás que te quiero con toda mi alma, pero tú tienes pareja, y yo en nada volveré a Barcelona a la rutina de siempre, y los recuerdos... serán recuerdos —y me separo de su cuerpo, sintiendo pequeñas lágrimas que caen de mis ojos, ahora tristes por alejarme de DYR.

—¡Iván! Yo nunca te voy a olvidar. Eres un buen chico y me has hecho muy feliz acá en la selva y con nuestros “nenes animales”. Estarás en mi corazón por mucho tiempo. Seguro que un día nos volveremos a ver. Estoy completamente segura —responde ella mientras coge la carta y sale de mi habitación vestida con su peculiar pijama de color rosa a rallas.

Al poco me voy hacia la cocina pensando en que ya no la veré hasta que coja su canoa allá sobre las 9 de la mañana. Ella, con su estilo de ritmo, va directa a su habitación, en silencio para no despertar aún a nuestros compañeros de voluntariado. Comienza el día.

Mientras desayuno un buen tazón de leche de soja en polvo, un puñado de copos de avena y un par de galletas con chocolate y sentado en la larga mesa de la cocina, contemplo la viva imagen de cada día a las 6:30 de la mañana de un fugaz colibrí de color azul turquesa, absorbiendo el néctar de una flor de palma. Vuela tan rápido que es imposible ver sus alas a simple vista. Es como un amigo. Cada día a la misma hora lo veo, pero nuestra amistad dura solamente unos pocos segundos. No me importa. Soy feliz viendo su aletear diario. Lo adoro.

Y entonces, pensativo, me acuerdo de una importante cosa y voy directo a mi habitación... Y ahí... Abro el bolsillo izquierdo de la mochila de color rojo, la que tantas veces he usado para viajar y hacer mis caminatas por el Camino de Santiago, y cojo un trozo de... tan sabroso y exótico que es... y luego voy hacia la habitación de DYR, pasando hacia la otra casa de voluntarios, esquivando las seis hamacas de descanso; una de cada color...

Doy dos toques a su puerta, la penúltima puerta de la sala de estar y, a los dos segundos, la abro sin permiso.

—Perdona niña. Menos mal que no estás desnuda por entrar de golpe. Se me ha olvidado darte esto al levantarte como cada día he estado haciendo como señal de amistad. Cierra los ojos, es un trozo de..., abre la boca, ya sabes lo que es... —y me acerco a su sabrosa

lengua y le pongo en la punta un dulce y exquisito manjar.

—¡Mmmm! ¡Qué bueno está! Voy a echar de menos cada día tu trozo de chocolate al levantarme. Gracias. Te quiero Iván y espero que tú también lo hagas —responde cerrando su ojos horizontales y mordiendo y saboreando, a la vez, el seductor chocolate que tantas veces le he dado todas las mañanas a las 6:45, antes de salir de la casa hacia la bodega.

—Con chocolate... te conquisté DYR. Y lo sabes. Es mi arte de ligar y querer. Conmigo, siempre tendrás uno al alcance todas las mañanas. Acuérdate que vengo de familia pastelera, aunque yo no lo sea, pero amo al chocolate y es mi perdición, ¿quién sino? —y me como un trozo de su ya mordisqueado chocolate—. ¿Te acuerdas del día en que nos conocimos? Todo coincide por días: Yo vine un 23 de Junio y tú un 23 de Julio, y te vas un 23 de Agosto. Somos almas en una sola persona...

De pronto y sin previo aviso, con su mirada de saber exactamente lo que quiere hacer, se acerca hacia mí, me mira y, al segundo, me da un fuerte abrazo que me deja sin aliento y sin poder reaccionar...

Momentos después, recibo su anhelado y agradable beso en mis labios que me dejan alegre por unas horas, pero a la vista de este emotivo instante, nos sumamos en nuestros recientes recuerdos antes de despedirnos ¿para siempre? Quien sabe...

2 - El comienzo

El 19 de Junio de 2015 y a primera hora del día, con 31 años y ya con unos cuantos viajes a mi espalda, cojo un avión desde Barcelona que me llevará hasta la selva de *Ecuador*, en *Sudamérica*. ¿Y por qué? ¡Pues porque voy a participar como voluntario en un centro de rescate de fauna salvaje! Ya estuve en él hace más de cuatro años y descubrí que me apasionaba la jungla, la fauna salvaje, las aves volar, el río fluir y, además, el poder entablar conversaciones con felinos y monos rescatados, cada uno con sus historias para no olvidar de su pasado bien duro, porque cada uno mira de una forma distinta y expresa lo que hay dentro de su propia alma.

Hay quien ve a los animales como meras cosas que sirven como herramienta o uso de ocio para “nuestra especie”. Yo en cambio, veo almas que disfrutan del vivir y, que también, sienten, piensan y tienen emociones y cuya expresión se refleja en sus miradas. Cuando las personas me lo permiten trato de decirles que si saben mirar con detalle y, detenidamente, pueden verse a sí mismos reflejados en los otros ojos: Los ojos son espejos que nos dicen cómo estamos y cómo están, y no sé por qué, pero me ha tocado tener un don para ello; tengo suficiente empatía con los demás seres vivientes, más con los animales, y me permite ver su estado de ánimo y su bienestar a través de la mirada. Es lo malo de ser afectuoso con la causa.

Gracias a ello los amo desde el día en que nací, teniendo una gran deuda con mi familia que me inculcó en el respeto y amor por los más indefensos, y de los que no tienen voz ni palabra. Años después me convertí en gran defensor, siendo sensible a cualquier dolor ajeno que vea o escuche hacia la fauna en la tierra.

Una vez aterrizado al país y con el cambio de hora y un tanto cansado, se me hace imposible recordar el haber llegado a este aeropuerto, y un señor muy amable que dirige a la gente hacia los autobuses o taxis, me dice que el aeropuerto es el nuevo y que debo preguntar por un bus que va hacia la ciudad. Por suerte, lo encuentro, y como ya me siento un viajero y las emociones vuelven a ser positivas, me acerco sigiloso a una pareja de extranjeros que han llegado al mismo tiempo que yo y, sin más, entablo una pequeña conversación en inglés-español. Son tan simpáticos y ella tan

guapa, que al llegar a la ciudad de Quito, decido, a merced de la pareja, ir a cenar con ellos en un restaurante hindú. Hablamos de mi anterior estancia de hace unos años y escucho bien atento sus aventuras por el mundo ya que ellos están dando la vuelta al mundo como tantos viajeros que voy conociendo en mis años de idas y venidas. Lo malo es que no puedo estar mucho tiempo con mis nuevos conocidos; yo también viajo...

Dedico unos días a realizar turismo por las calles de Quito (ciudad en los Andes) y de Tena (ciudad en la selva), para reconocer aquellos lugares y rincones que me fascinaron. No obstante, a los pocos días, decido coger una canoa, exactamente el 23 de Junio a las 4 de la tarde, por un río selvático de nombre "Arajuno", que me llevará a sentir, de nuevo, la plena "felicidad y libertad" experimentada en este centro de rescate de fauna salvaje. Es difícil de explicar por vivir la misma sensación de 2011 y que ya plasmé en un libro publicado "*En algún lugar de la selva*", y que fue mi primera experiencia en la jungla tropical Amazónica, y con un posterior libro sobre la conexión con los animales: "*Una mirada a los ojos de la vida*". Todo lo que siento, deseo relatarlo. Y este viaje va a ser distinto de los tantos que suelo hacer... me guiará hasta encontrar el amor verdadero... o no, todo cabe esperar.

Al poco de llegar al lugar, veo las mismas escaleras y nada parece haber cambiado. La misma casa de voluntarios pero más vieja -el paso de los años hace su mella- y con un toque nuevo de pintura roja y ciertos dibujos de flores, plantas y lianas, además de algún que otro colibrí bien grande plasmado en la pared, pero la sensación es idéntica al pasado.

Entretanto, me acoge un voluntario de América del Norte que lleva varias semanas y dice ser un ex-voluntario. Es fuerte, rubio y con barba larga de color castaño. Habla algo de español. Excelente, porque mi inglés sigue siendo... ¡Mmm!, me esfuerzo por entenderlo.

Y en nada aparecen los demás voluntarios. Uno de ellos, gran persona: un alemán. Es alto, fornido, joven, rubio y habla mejor el español. Dice que lleva unos cinco meses y se dedica a la economía, pero me comenta que en una semana acaba su estancia de voluntariado.

Y al momento, aparece el vivo recuerdo de mi mente...

... Varios monos ardilla saltar de rama en rama y, boquiabierto, veo su imagen, incluso tiene la misma cara pero más delgada. Me viene a la mente su mirada, su olor, su forma de caminar, de posar, aunque ella es más joven que la mona araña discapacitada que me conquistó unos años atrás y fue un amor de monos de los de verdad -explicado en los dos libros

anteriores-. La nueva mona, lleva un bebé tan guapo que no cabe en una sola palabra y, éste, me mira asombrado y curioso. Seguramente pensará:

¬¡Qué bien, otro “mono” voluntario para molestar y conquistar!

Su madre y él, son dos monos araña (*Ateles belzebuth*) que viven en el centro de manera libre y salvaje, y según mis nuevos compañeros, la madre fue rescatada de unos indígenas que la tenían como mascota junto a otros tres monos más. Aquí, en el centro, tuvo a su primer hijo, o sea él.

¡Me fascina ver a los monos en libertad con su andar tan peculiar!

Me dicen que la mona es bastante inteligente y que se las sabe todas. Estudia a todos los nuevos para ver cómo engañarles y guiarles en las redes de la conquista de la reina de los monos araña. Su mirada lo dice todo y será la que más amaré durante toda mi estancia junto a otro mono: un mono lanudo, mi amor incondicional, que también me cautivó. Ya lo veréis.

Al poco de haber conocido a todos los demás, excepto a algunos que están de excursiones con una de las jefas -mi antigua jefa de voluntarios-, me comentan de acompañar a dos de ellos en un tour nocturno para ver cómo están ciertos animales de vida nocturna; yo acepto. Y entonces, vuelvo a recordar el mismo recorrido que hice en el pasado, pero ahora lo han alargado aún más; tienen más monos nocturnos, y con la linterna vemos los ojos del caimán moverse sigiloso y en silencio, además de varias ranas croar, algunas de ellas son tan diminutas como mi dedo pulgar y de colores tan vivos y exóticos...

Como fin al paseo por la selva nocturna y vigilando a las temibles serpientes venenosas camuflarse a la perfección, decidimos volver a la casa para descansar, y como no soy tonto, escojo una de las mejores habitaciones de las dos casas... Entro, y dejo las mochilas en una especie de estantería de madera vieja y humedecida por el tiempo y por los años. Al momento cojo mi mosquitera y la coloco en un gancho de una viga de madera del techo y la meto por dentro de la cama, así no entra nadie ya que veo infinidad de telarañas y bichitos. No importa. Me fijo que hay una mesa y una silla de madera de ceiba para escribir o leer. Perfecto. Me encanta que así sea y, encima, da unas vistas preciosas al río, a la selva y con una gran ventana de tela y madera vieja que contempla 180 grados de visión selvática de cada amanecer y de cada atardecer... -imaginaros esa experiencia diaria; es lo que tuve a finales de 2011 y, ahora, he vuelto a mi lugar de ensueño. ¡Estoy en mi jungla tropical!-.

Si bien, hasta el día en que conocí a DYR -la protagonista del primer capítulo-, los días como voluntario eran más o menos por igual; unos

mejores, otros peores, incluso con ganas de irme por falta de entendimiento y convivencia con mis compañeros. Era como una especie de *reality show* aunque sin cámaras. Pero aguantaba gracias a “mis nenes” -la fauna rescatada y que nombraba a todos con este mismo nombre-. Además, seguía adelante porque cada día cuando me levantaba tenía unas vistas impresionantes y no había un día o un amanecer de manera igual, aunque hubiesen los mismos árboles, mismas plantas y el mismo río, eso sí, cada día aparecía un color distinto en el cielo matutino o una espesa niebla que hacía recordar los libros que leía de las aventuras de mis heroínas en las selvas de las montañas de *África* buscando Gorilas de montaña, o, Chimpancés salvajes; una de mis verdaderas pasiones.

Otras veces, el río subía con tanta furia que el nivel llegaba a superar los 6-8 metros de altura del caudal promedio, y como recordatorio, estando un día al amanecer, me levanté y escuché el sonido del río más cercano de lo habitual. Me froté la cara, abrí bien los ojos y, entonces, miré por la ventana y ¡zas!, “flipé en colores”... ¡El río estaba tan cerca de la casa que había llegado hasta el final de las escaleras a unos ocho metros de altura! ¡Increíble! -el día anterior vino una lancha con varios bomberos, avisándonos de que el río iba a aumentar y que estuviéramos en vela en caso de emergencia-.

Disfrutaba como un niño. Adoraba ese instante de la fuerza de la naturaleza, y ese día, las canoas repletas de turistas, tenían problemas para manejar y aparcar en un pequeño embarcadero que había en el centro; más bien, ya no existía y tenían que atarlas en los árboles que otrora fueron el paso de los monos ardilla y de monos araña. Y me dije a mí mismo: “nunca subestimes el poder de la “Pacha mama” (la madre tierra para ser más específico).

El voluntariado en el centro de rescate, consistía en preparar las frutas para todos los animales a primera hora -7 de la mañana-, con una variedad entre plátanos, oritos -pequeños plátanos-, papaya, maíz, yuca, restos orgánicos del día anterior, lechugas, avena, carne, patatas, y un sinfín de alimentos esenciales para todos y, también, para los voluntarios ya que cada día y durante muchas horas al día, solíamos comer los exquisitos “oritos” con sabores que van desde lo dulce hasta el sabor de pura miel, si está bien maduro.

Yo era un adicto al buen orito. Una noche hice un cóctel de ron con oritos y fue... ¡de lo mejorcito!, pero al día siguiente, como muy mal, tuve bastantes dolores estomacales, ji, ji, ji.

Las demás horas consistían en limpiar las zonas de alojamiento de

animales y de cuarentena, y después alimentar a la gran variedad de fauna rescatada, la mayoría aves y monos; unos en cautividad por protección a los demás; otros en libertad aunque con vigilancia constante puesto que habían monos araña más inteligentes que las personas y podían hacernos una buena jugada, incluso dañina. Sin embargo, me encantaba dar de comer a mis preferidos: un “mono lanudo”, un “mono capuchino”, la “mona araña con su adorable bebé”, y a unos felinos como los “tigrillos”, y éstos, me escuchaban a gran distancia llegar, como si tuvieran un sexto sentido de la presencia y del tiempo.

En tanto, no me gustaba y me ponía de los nervios, cuando habían enjambres de mosquitos en la zona de los monos ardilla, justo al final del recorrido; era insoportable... También me “acojonaba”, por decirlo bien claro, cuando tenía que alimentar a un ave, una especie de Elanio, que tenía una ala rota, y el pobre vivía rodeado de un enjambre de avispa, más bien, cientos de ellas que salían por doquier en hora punta del mediodía y de máxima calor, justo donde pasaba el camino de turistas y cuidadores. Según mi compañero indígena de mantenimiento, decía que no picaban, que eran indefensas, y el tío con un “par de huevos”, se metía en medio del barullo de insectos y luego salía tan feliz como un niño buscando monos por la jungla. Es lo que tiene el haber nacido y crecido en la selva. Yo, como civilizado y no tan acostumbrado a ello, estaba “acobardado” y él se reía de mí. Eso sí, no me importaba. Yo aprendía mucho de su vida y de su gran experiencia. ¿Quién sino para enseñarme?

Lo que más me ponía histérico, era aguantar la multitud de “arenillas” -diminutas moscas- que te devoran el cuerpo entero atravesando la dura capa de ropa y te van mordiendo sin que te enteres y dejándote ronchas bien rojizas y picantes durante largas semanas. Un infierno para el cuidador, mucho más, para los novatos que van a por ellos. Lo odiaba.

—Nunca se dan por vencidas las malditas arenillas —lo decía en todos mis días.

Después de limpiar y alimentar a los “nenes”, tocaba realizar tours guiados a los turistas que iban llegando por horas; a veces en manadas, y el que sabía idiomas le tocaba hacer un doble tour en uno y hacer de traductor a la vez. Por suerte, me costaba otras lenguas que no fueran el español y mis tours eran fáciles, ameno y no tan largo, posiblemente porque poco preguntaban mis turistas, o creía que yo explicaba muy bien el funcionamiento del centro y del rescate de cada uno, incluso, del comportamiento de la fauna salvaje; o por contra, porque solo venían por la obligación de hacer diversas actividades en el paquete de vacaciones.

Cuando tenía un gran día para hacer un buen tour, puesto que dependía del estado de ánimo personal de ese mismo día, algunas personas se quedaban tan satisfechas conmigo que me pedían el favor de hacer unas fotos con el grupo, como si fuera un anfitrión o un famoso guía de natura y, además, escribían en el diario de visitas y me daban propinas, eso sí, no tanto como a otras compañeras que recibían altas sumas en forma de dolares; secreto de saber guiar en idioma extranjero, pero yo disfrutaba educando por el bien de la tierra.

Otras veces odiaba hacer tours pésimos y tan aburridos, como uno que hice con una duración de 30 minutos en lugar de casi 2 horas que solía demorarme. Ese tour, a última hora de la jornada, fue con muchos turistas que solamente querían ver a los animales, hacer fotos y poco más, pero a la vez, porque seguía lloviendo tan fuerte como suele ocurrir en la jungla y deseaban acabar lo más rápido posible, aunque me enfadaba porque yo quería explicar las consecuencias de la caza ilegal y del porqué estaban aquí los animales, ya que la mayoría son capturados por locales e indígenas, siendo así, unas veces por consumo de carne; otras por venta de mascotas... Pocos escuchaban la realidad que yo quería explicar.

Una vez acabado el día u horas de trabajo tocaba el tiempo de relajación y/o diversión. Mis mejores momentos... Una vez estando en la escuela del proyecto, arriba de la selva y en mi momento de descanso después del almuerzo -la hora de la comida en España-, me senté en la mesa de madera para contemplar una extensa jungla verdosa con un cielo azul celeste, e inspiré bien hondo para atrapar ese aire limpio y fresco y, al instante, y sin que yo me enterase, apareció silenciosa a...

... “Mi mona araña preferida” de nombre Gima, llevando a su dulce y juguetón bebé macho a sus lomos. Los dos moviendo la llamativa cola prensil que les sirve como una quinta mano, y para el pequeño le va de maravilla porque se agarra al cuerpo de su madre mientras que con las manos y las patas explora el terreno, pero sin alejarse mucho de su madre.

Entonces, en un momento dado y yo sentado en la mesa, me giro y los veo justo a mi lado, en silencio, con una mirada tan humana que sabe exactamente lo que quiere hacer. Y la miro. Gima me mira y hace su acto de presencia con su peculiar voz de <<uhu uhu uhu uhu>> -la llamada de mono araña tan característica-. Le respondo por igual y, sin enterarme, me rodea por la espalda con su larga cola, como si fuera a darme un abrazo...

Y, entonces, me dejo llevar.

Fascinante instante. La mona me abraza y con su mano me agarra el cuello como si fuéramos una dulce pareja de enamorados. ¿Es posible que

esté ocurriendo? ¿Una mona me abraza como una persona? La vuelvo a mirar y, al poco, apoya su pequeña cabeza sobre mi pecho, como si quisiera escuchar el latido de mi corazón. ¡Todavía sigo alucinando! ¡Un sueño cumplido! Y la acaricio. Ella se deja y no se queja. Su cabello es suave y largo, con una extraña sensación de paz y alegría por acariciar a un primate, sintiendo que el reloj del tiempo se para, se detiene. Soy feliz ahora mismo. Me encantan los monos.

De repente, se asoma una minúscula cabeza por el lado izquierdo del estómago de la madre... Es su dulce bebé despertando de una pequeña siesta y me mira con ojos desconcertantes y asombrados. ¿Es posible que se pregunte si soy un mono, o, su mismo padre? Todavía no entiendo el lenguaje de los monos -tiempo al tiempo-, pero pienso que las miradas expresan lo que el alma siente, y en ellos veo una extraña sensación de armonía.

Por segundos me dejo llevar, pero como soy así y tengo a dos monos delante mío, no puedo contener la emoción de acariciarles. Pero esta vez lo hago con el pequeñín...

Pongo mi dedo índice -limpio, claro está- delante de la boca del bebé y, al momento, éste, me coge con su minúscula mano y sus dedos arrugados, y se lo lleva a su boca y empieza a explorar sabores y sensaciones. Lo chupa como a un chupete y observo que sus ojos brillan más de lo normal y parece reírse por ese extraño momento haciendo su <<uhu uhu uhu>> casi silencioso. A veces me muerde el dedo sin notar dolor y es como una sensación de cosquilleo.

La madre no dice nada pero vigila cada movimiento de mi mano y del bebé puesto que siempre está en alerta...

(¿Qué piensas en estos momentos de lectura, lo que yo siento ahora mismo? Ponte en mi lugar: un bebé de mono araña te está chupando el dedo como si fuera un chupete y te mira con ojos de felicidad, superior a un bebé humano, ¿cómo te sentirías?).

Pues así me sentí. La prueba: mi corazón latiendo a tan deprisa que es como si me hubiera enamorado de una chica, pero era un mono bebé. Mi sueño de la infancia. ¿Y si también soy un mono? No me importaría serlo. Aquel momento fue uno de los más felices desde que nací -la prueba la tengo en fotos y en vídeos personales-, pero, por desgracia, todo se termina y el tiempo de descanso antes de reanudar el trabajo finaliza; no sin antes jugar un tiempo con Gima y su cariñoso angelito.

Todas las tardes eran momentos para gozar. Unas veces nos íbamos en flotadores río arriba, río abajo; otras lanzarnos en cuerda desde lo alto de

una roca hasta el río; a veces furioso. Ahí, un día, saltando como loco, perdí mi cadena de oro con una cruz que me protegía y me daba suerte; no hubo señal de encontrarla en un río tan ferviente. Me supo tan mal...

Mis compañeros, al igual que yo, creían que sentir el agua bien fresquita después de un duro día de trabajo, no se sustituía por nada del mundo -excepto las noches locas con ron-. Renovación total y a por las demás actividades antes de finalizar la jornada en la selva.

De las demás actividades, me encantaba mucho hacer fotos con mi cámara réflex junto a mi teleobjetivo de 300 mm, llegando, incluso, a alcanzar la cara de felicidad de los monos ardilla o barizo (*Saimiri sciureus*) saltar de árbol en árbol; a veces los capturaba volando como un pájaro o una ardilla voladora y, de fondo, una buena puesta de sol anaranjada. Y para darle un toque de humor a la escena de teatro, la mayoría de días aparecía un grupo de monos araña -madres con sus bebés y algunos adultos gamberros-, y empezar a jugar por los árboles y a gritar, a perseguirse y a lanzarnos los frutos de aguacate desde lo alto con un sonido de torpedo y un... ¡Plof!, al caer al suelo y reventarse. ¿Quién disfrutaba más, si yo y mis compañeros viendo tal escena, o por contra, los monos jugar? Creo que ambas partes...

Otras veces, alguien se dejaba la puerta de la cocina abierta y la señora Gima y su peculiar hermana -un poco más mayor y vieja que ellos robaban los huevos que teníamos para cocinar y las muy..., se iban corriendo a toda prisa con su: «uhu uhu uhu», aunque con más carácter de lo normal, y prohibido ir a buscarlas ya que la hermana era bastante defensora y malhumorada.

Un día, disfruté de estos tiernos momentos en un maravilloso atardecer, mientras hacía fotos a los monos, en compañía de una gran belleza y una gran simpatía. Y sentí que era el amor de mi vida. Lo supe nada más ver sus ojos, tan brillantes y de color azul claro como el mismísimo cielo...

Ella, rubia y de joven edad, con 27 años para ser exactos y de origen alemán pero viviendo en Bélgica, hablaba un poco de español y, además, le gustaba la fotografía y justo teníamos la misma cámara. Su voz era suave y de sus palabras salían historias de aventuras por Sudamérica. Yo le conté lo mismo y entre los dos hubo una conexión especial. ¿Amor a primera vista?

—Hola, ¿has visto al mono saltar por los aires? Es increíble, ¿verdad?
—le digo acercándome hacia ella con lentitud y disimulando hacer fotos.

—¡Sí, son muy bonitos y saltan mucho! —me responde con ojos expresivos y brillantes.

–¿Te gusta la fotografía? ¿Puedo ver algunas fotos que has hecho ahora? –me acerco lentamente a su lado, mirándola fijamente ya que su mirada me ha cautivado y no tengo más palabras que decir fotos y cámara.

–Por supuesto, miralas, son de perfil.

–Pues mira las mías, porque con mi teleobjetivo puedo llegar hasta la expresión de la cara cuando saltan allá arriba. ¿Quieres probarlo con el mío? –le comento sacando ya el objetivo de la cámara.

–Bueno... vale, pero no sé cómo va –tímidamente lo acepta.

–Yo te enseño y te explico, pero tenemos que sentarnos en el banco –la dirijo hacia el banco de madera vieja, que está apoyado en la pared de la segunda casa que da vistas al río.

–¿Cómo te llamas? Yo, Iván, y soy de Barcelona. Llevo casi un mes de voluntario. ¿Qué haces tú? –le comento mientras miro sus peculiares ojazos que me dejan derretido.

–Me llamo “July” y soy alemana, tengo 27 años y estoy viajando por Colombia y Ecuador, aunque en unos días vuelvo a mi país por trabajo y a ver a mi novio que trabaja en Bélgica.

Cuando dice la palabra “novio”, el mundo se me cae encima, aunque es lo normal ante una gran belleza y de una enorme simpatía.

–¡Ah! ¡Qué bien! Yo estaré unas semanas más y luego, quizás, vaya por Ecuador y Perú o donde sea... ¿Sabes qué? Eres una chica muy pero que muy guapa, me gustan tus ojos, expresan tu bella alma –respondo tiernamente y a la vez triste por la noticia del novio.

–¡Ja, ja, ja! Gracias pero no es para tanto. Tus ojos también son lindos, un tanto verdes, un tanto marrones, me gustan. ¡Ah!, haces buenas fotos. Ya veo que te gustan mucho los animales y más los monos –me comenta mirando las fotos de mi cámara.

No obstante, July no utilizó mi teleobjetivo porque nos pusimos a conversar y entre los dos hubo mucha más conexión. Sentía curiosas cosquillas en mi barriga y de mis palabras sólo salían “tonterías”. ¡Qué sensación más rara! No podía decir enamoramiento con tan solo varios minutos de conocerla, pero algo percibí, y por extraño que parezca, días atrás antes de conocerla, la vi en el autobús y en la canoa cuando regresaba de nuevo al proyecto después de dos días libres, y me pareció una chica de lo más natural. Al verla frente a mí, cara a cara y en estos momentos de hacer fotos, confirmé mis pensamientos. Era sumamente perfecta.

Por desgracia luego la perdí por volver a la rutina y ella, irse junto a su amiga porque había venido a visitarla en sus días de vacaciones ya que trabajaba en un lodge ecológico a 1 km de distancia. Sin embargo y, con suerte, un día de libre trabajo de la siguiente semana, el destino nos volvió

a unir para ir juntos hasta la ciudad, a dos horas de la selva, y sentarnos en los mismos asientos del autobús; de nuevo, la completa coincidencia.

Yo deseaba fervientemente besarla y mirarla a los ojos con pasión. No todos los días aparece una dulce chica, tan agradable y con voz suave que la hace insuperable y, además, sus ojos hipnotizaban. Quería abrazarla y tímidamente le di mi contacto y ella hizo lo mismo... Estábamos felizmente a gusto en el autobús y tan cerca del uno al otro...

Sé que ella sentía algo por mí, igual que yo por ella, pero su destino en horas, era volver a su país; en mi caso, con tristeza, continuar en la selva aunque con ganas de irme a su lado hasta el fin del mundo. Era un ángel de extrema belleza. Únicamente nos dimos dos besos en la mejilla como señal de despedida y un profundo abrazo. Lástima, ya no volví a saber de ella nunca más. El contacto se perdió en la esencia del tiempo.

Como la vida es así de caprichosa, volví a sentir algo similar en temas de amor, pero sin respuesta, por parte de otra chica... Justo con la enérgica veterinaria que la veía todos los días y casi todo el día; igual de Alemania y de 27 años. De ojos también azules, y con cabello moreno y una cara tan perfecta y guapa que no había manera de no dejarla mirar. De gran inteligencia pero hablaba muy poco el español, y la comunicación se hacía cada día más difícil, hasta que un día y por coincidencia, tuvimos días libres y nos fuimos de excursión: ella, yo, su otra compañera y una de las jefas de igual juventud, hacia unas cascadas en un rincón de la selva, tan hermoso y de aguas cristalinas y bien fresquitas de nombre “Cascada de latas”, con un enorme paisaje sin igual.

Aquel día pude entablar mejor conversación con ella, aún con mi inglés básico, y se agradeció tener buenas charlas y agradables miradas entre los dos.

Ya en la cascada, sintiendo el agua caer en picado en mi cabeza y estando al lado de “Vale”, como su nombre rezaba, supe que en realidad era una excelente mujer, el prototipo ideal para cualquier chico aventurero y de gustos por los animales. Ideal para mí, pero nos separaba algo... ella estaba un tanto enamorada de nuestro compañero alemán: un atractivo joven y extrovertido que jugaba cada día con Vale y tenían fiestas nocturnas imposible de entenderlas, puesto que hablaban en alemán, pero sus gritos y carcajadas lo confirmaban.

Poco después de la aventura en las cascadas, dejamos de hablarnos porque ella pasaba más tiempo con los alemanes y solamente me decía un: ¡Hola, y a trabajar! Y poco a poco dejé de hablarle sintiendo ira -o rabia- hacia mi bella veterinaria; tan simpática un tiempo atrás.

Con el paso de los días, empecé a sentirme más agobiado con su presencia y con los otros compañeros del mismo país. Siempre hablaban en inglés o en alemán. Por suerte, había una chica de Ecuador pero por motivos de pequeños conflictos y envidias, dejamos de hablarnos para evitar que me agobiara aún más en el proyecto.

Con quien si tuve mejor amistad fue con una chica de Colombia, otra de México y, por supuesto, con los chicos indígenas que trabajaban en el lugar; uno de ellos y de enorme vigor, con fuertes musculos, moreno y bien sexy. Se llamaba como yo, un tal “Iván”, entonces había que separar los nombres para no confundirnos.

A mí me decían “Iván el terrible” pero con el tiempo se quedó con mi peculiar frase diaria -a modo de quitarme los enfados que a veces tenía-, con un: “Joder tío”.

Yo le llamaba a él “Iván el indígena”, pero cada día que nos veíamos las caras, nos saludábamos con la famosa frase de “Joder tío”, aunque pasó largos días hasta que se añadió una palabra más al saludo que recorrió la selva cercana gracias a él, y fue con el nombre de: “Súper Tía Joder”, en honor al supermercado de la ciudad de Tena, en Ecuador, llamado “TIA”. Y todos los días era un... <<¡Ey, súper tía joder! ¿Qué tal?>>

Allá a principios de Julio, entablé mejor amistad con dos chicas muy guapas que vinieron de Menorca, una alta y de pelo castaño; y la otra, algo bajita y de cabello rizado.

Nos íbamos a dormir a altas horas de la madrugada por culpa de las fiestas con ron y sobres en polvo frutados que cada día nos tomábamos. No obstante, me lo pasaba en grande y aligeraba la tensión con los demás y, por suerte, reavivé el ánimo de trabajar en el proyecto.

Las dos eran veganas y como yo también lo soy (un tanto vegetariano y vegano por no comer animales), teníamos grandes charlas durante los días que se quedaron y, además, comimos excelentes recetas con ingredientes naturales, inclusive, llegué a comunicarme en catalán con las chicas para evitar que los demás de habla hispana, algo cotillas, supieran de qué estábamos conversando; un buen truco de paisanos.

Me sentía a gusto con ellas y encima poseían energía para dar y vender durante todo el día, incluso por las noches que eran las encargadas de.. ¡más ron para la mesa!, hasta bien tarde. Sin embargo, como todo en la vida no es perfecto ni duradero, unos días después de haber llegado al centro, presencié un grave accidente con un peligroso animal y con una de ellas, la “bajita”, en el que me vi implicado como culpable del incidente, y que no deseaba que nadie más supiera lo ocurrido porque la imagen de un

mordisco en una pierna fue muy doloroso, tanto para la chica como para mí que lo vi en primer plano, y le ayudé a salir de la jaula tan veloz como pude mientras me quedaba con la fiera -un cerdo salvaje de largos colmillos-, intentando que comiera con tranquilidad porque ya me conocía desde tiempo atrás, y a ella solo de unos pocos días siendo nueva e interponiéndose en su espacio.

Por desgracia, el mismo día se tuvieron que ir las dos hacia el hospital, y unos días después a su tierra natal para no volver más a la selva, aunque por suerte, con el tiempo se recuperó favorablemente, pero la marca de guerra queda para toda la vida, y el sentimiento de culpabilidad me afectó de tal manera que no quise ver a nadie durante largas horas; me encerré en el abismo de mi mente. ¿Y si hubiera sido yo el herido y no ella? ¿Por qué la dejé entrar conmigo en la jaula siendo aún nueva? Todavía, un tiempo después, siento aquél recuerdo; menos mal que sigo en contacto con la chica y, ahora, con sus claras palabras dice estar mucho mejor.

Una de ellas, la más alta, fue con quien tuve mejor amistad, tanto que me gustó. Me dijo que se fue a Perú por amor y por trabajo. Juntos en el proyecto hablábamos de casi todo, incluso me aconsejaba de si ligarme o no a la veterinaria, pero había días que me decía un...

-Ni una palabra a "Vale", no es para ti -y me quedaba triste para todo el día porque me gustaba mucho nuestra veterinaria.

En los días que estuvieron las veganas, me sentía muy bien a su lado, tanto que poco a poco dejé de pensar en la veterinaria para estar más tiempo con la chica alta, de rasgos faciales muy lindos y de sobrada simpatía. Me encantó. Ellas iban a quedarse durante un mes, justo en sus deseadas vacaciones, pero, en cuestión de segundos todo cambió del disfrute al dolor. Se quedaron por una semana y, encima, me quedé sin fuerzas durante los días posteriores, y en casi todos ellos, recibía broncas de alguno de mis compañeros; así que casi siempre me vigilaban.

Tenía ganas de marcharme del lugar ya que no sentía las mismas emociones diarias de aquella vieja estancia de 2011, que fue impresionante, puesto que tenía compañeros catalanes en donde eran muy extrovertidos y aventureros y, que además, viajé con ellos hasta Perú subiendo el Machu Pichu y haciendo el "camino Inca". No obstante, el tiempo pasa y de cada viaje hay siempre algo nuevo... Y entonces, como capricho del destino, un día por arte de magia y como la vida te pone a prueba, en el proyecto de fauna salvaje, apareció ante mí, sin saber aún porqué, a una excelente y bella "ángel de la guarda" que me salvó de irme para siempre y en un momento que estaba tenso por las relaciones sociales con mi especie...

Por ella, siendo la nueva chica del proyecto, seguí adelante...

3 - Y llegó el día en que te conocí

- Y llegó el día en que te conocí y sin saberlo te sentí.
- El amor es universal cuando te llega si de verdad crees en ello.
- Palabras que dije nada mas verla y a conocerla con el tiempo.

Un jueves del 23 de Julio, allá sobre la 1 de la tarde y en la misma jungla de Ecuador, y de un día bastante duro porque llegaba todo a la vez -frutas, comida, bebidas, material extra para el centro, más turistas...-, me quedé petrificado ante lo que estaba viendo con mis propios ojos, y justo en un momento en el que debía ayudar a mis compañeros indígenas a llevar un refrigerador desde abajo del río hasta la oficina de las jefas, y, encima, con bastantes escaleras hacia arriba.

De pronto, vi de refilón a una joven chica, menuda, morena y de piel suave, tan guapa y de ojos negros y expresivos que brillaban más que el sol y no me imaginaba que fuera una nueva voluntaria; más bien, creí presentir que sería una amiga de las jefas que iba a pasar el día con ellas, ya que ya nos daba órdenes de mandato de cómo se tenía que subir la nevera. En ese momento me dije a mí mismo:

-Vaya con la niña sexy, guapa y modelo, ya nos manda a todos. Fijo que es amiga de las jefas -una de ellas es de Colombia.

Pero a medida que subíamos por las escaleras, la iba mirando de arriba abajo; ella por igual conmigo y no sabía muy bien lo que me estaba ocurriendo pero deseaba fervientemente conocerla. Me dejó hipnotizado nada más mirarme de medio lado. Algo raro ocurría en mi interior y sentía extrañas cosquillas en mi estómago. Un nuevo sentimiento de felicidad se apoderó de mí y yo sin saber el porqué, pero poco después, tuve la oportunidad de conocerla, todo gracias a...

... Gima y su adorable bebé hicieron acto de presencia al poco de subir el refrigerador y de bajar de nuevo a buscar las bebidas, y ella estaba ahí mirando a todo el mundo, observando cada detalle y a cada uno, incluso, investigando a la nueva chica de cara indígena. ¿Qué tramaba Gima con la nueva? ¿Acaso predecía el futuro e hizo lo posible para unir dos almas gemelas? ¿O por el contrario, decidió probar la

inocencia y paciencia de la nueva al acercarse a su lado como señal de bienvenida? No sabremos nunca qué sentimiento de jugada quiso hacer la mona, pero dio en el clavo...

—¡Oye, perdona! No muerde ni ataca la mona, ¿verdad? —me dice la nueva chica subiendo algunas bebidas por las duras escaleras.

—¡Qué vaaaaa! Si es la mejor de todas. Nos sigue porque nos estudia a todos y busca un momento para robarnos algo. ¡Es tan inteligente! A mí me encanta y mira que bebé tan adorable tiene. ¡Qué ricura! —le respondo mirando a la mona—. Va, dame tus bebidas y ya las subo yo. Si tienes miedo puedes ayudar a los demás. Gima, como es su nombre, se viene conmigo —y me acerco hacia ella y la miro fijamente a los ojos, bien pasmado que estoy.

—Gracias, pero no tengo miedo, solamente respeto porque no la conozco. Tiempo al tiempo...

—No te preocupes, es un encanto de mona y un tanto “peculiar”... ya verás —respondo con el gesto de poner los dedos entre comillas—. ¿Eres amiga de las jefas? —pregunto cogiendo la doble caja de bebidas, la suya y la mía.

—¡Noooo! Soy una nueva voluntaria y estaré acá por seis meses. ¿Cómo te llamas?

—Anda, una nueva “volun”. Mejor, porque necesitamos ayuda en todo. Yo me llamo Iván y soy de Barcelona. ¿Y tú, como te llamas y de dónde eres?

—Me llamo Dyr y soy de Bogotá, de Colombia. Ya veo que te gustan los monos y a ella le gustan porque no te tiene miedo. A mí también me gustan pero me dan respeto.

—¡Vaaaaaa! Eso son bobadas, no te preocupes, si seguimos hablando te ayudaré a perder el respeto y el miedo y ya verás cómo te enamorarás de “mis nenes” y podrás tocarlos y acariciarlos —le digo mirando de nuevo a Gima y a su adorable pequeñín—. Te dejo que voy al bar que luego me echan la bronca por no trabajar. ¡Hasta luego Dyr! ¡Ah!, por cierto. Nunca he conocido a alguien de Colombia y menos a una chica de allí... —y me voy con una sensación de felicidad y de alegría por ese instante único e irreplicable sintiendo algo de amor por un no sé qué, llevando las pesadas cajas de bebidas; todo por ayudarla. ¡Me cachis, qué hermosura de chica!

—OK, ya hablamos luego, yo me bajo a ayudar a los demás. Nos vemos y encantada de conocerte —la nueva chica de nombre Dyr se despide de mí por un cierto tiempo.

Veo que ella se baja feliz ya que en su rostro expresa una larga sonrisa de lado a lado, mientras va caminando por las escaleras para recoger más bebidas para el bar y que no pesen tanto.

Sin embargo, este día entre nosotros dos hubo muy poca conversación, solamente un poco en la cena gracias a otra fiesta de bienvenida y de despedida, puesto que se iba otra compañera más: una alemana muy guapa, trabajadora y ya con un voluntariado de 6 meses. Y me senté en la mesa justo al lado de la nueva porque era otra a la que podía hablar en mi idioma español y, claro, al ser nueva había que contarle todos los detalles del voluntariado y de los animales que hay.

Minutos después, sentí su presencia en mi ser y al verla tan cerca, me dije: ¡Madre día qué ojazos, negros y profundos!

Se le explicó el funcionamiento de la cocina y de quien cocinaba a diario, que eran dos voluntarios diferentes para cada día, además de la limpieza diaria y semanal y de las tareas extras que tocaba realizar en las dos casas y en el proyecto en sí. Vi que su cara cambiaba de expresión... Llegó cansada pero feliz al ver la selva y a los monos, pero al oír «hay que limpiar mucho cada día» su expresión delató su duda de si había llegado al proyecto ideal.

No obstante, deje de conversar ya que tenía aún más tareas por hacer y, además, al día siguiente debía irme a la ciudad a descansar, comunicarme con la familia y comprar mis adorables galletas y mis dulces chocolates, que si bien, cada día al terminar la jornada de voluntariado, escribía en mi diario de viajes apoyado en la “supuesta” mesa de escritorio de madera de ceiba y sentado en un taburete de la misma madera, viendo la puesta de sol en el río a través de mi enorme ventana, observando a los monos saltar y comiendo galletas y chocolates a modo de relajación.

Que bien lo gozaba, y es así como me sentía feliz día a día en mi viejo proyecto del pasado, pero ahora volvía a sentirlo de bien, a excepción de los malos momentos durante el trabajo que hicieron pensar en si irme o no. Pero gracias a la nueva que acababa de llegar y que a simple vista me fascinó, me quedé, pero le di vueltas de si tirarle la caña; ser un amigo más; o, en contra, evitar otra mala compañía. Y es que mi dichosa mente me reprimía un tanto.

Entonces... decidí meditarlo en mi día de descanso en la ciudad de Tena.

¿Qué ocurrió al final entre nosotros dos?